

Escribir la niebla: enfermedad y muerte en la obra de Ana Teresa Fabani

Writing the fog: disease and death in the work of Ana Teresa Fabani

Cecilia Corona Martínez¹
UNC-UADER

Resumen

Ana Teresa Fabani (1922-1949) fue una escritora entrerriana que, a pesar de su muy temprana muerte, llegó a ocupar un lugar en el horizonte cultural de la Buenos Aires de la década del cuarenta. Su obra se reduce a un libro de poesía –*Nada tiene nombre*– y una novela póstuma –*Mi hogar de niebla*–. El primero fue reeditado con el agregado de varios poemas, en el cincuentenario de su muerte, por la Editorial de Entre Ríos en 1999, y la segunda, por Eduner, en 2017.

Ambos textos, más allá de su indudable pertenencia al neorromanticismo de la generación argentina del cuarenta, están recorridos por una impronta que supera la melancolía propia de dicho grupo. Fabani fue afectada, desde su adolescencia, por la tuberculosis. La enfermedad se convierte no sólo en el marco que permite leer y comprender su escritura, sino que adquiere una entidad propia. La mujer/ la escritora está atravesada por la dolencia, que aparece nominada como “niebla”.

En la novela, quien escribe mientras lucha por sobrevivir es cada vez menos Ana Teresa para convertirse sólo en un ser humano enfermo, que sabe que la muerte es su destino. En el relato de su larga internación, va siguiendo el “yo” que escribe y que progresivamente desaparece como ser individual para transformarse en testigo y protagonista de los avances de la tuberculosis en el cuerpo y el espíritu de quien la padece.

Palabras clave: Fabani; literatura entrerriana; enfermedad; muerte; neorromanticismo

Abstract

Ana Teresa Fabani (1922-1949) was a writer from Entre Ríos who, despite her premature death, came to occupy a place on the cultural horizon of Buenos Aires in the 1940s. Her slim work consists a poetry book, *Nothing has a name*, and a posthumous novel, *My home of fog*. The first was reissued with the addition of several poems, on the fiftieth

¹ Cecilia Corona Martínez nació en Córdoba, en 1957. Casi toda su vida profesional se desarrolló en la Universidad Nacional de Córdoba, donde estudió Letras Modernas, y luego se desempeñó como docente. Obtuvo el doctorado en Letras. Fue profesora titular regular de Literatura Argentina I, hasta su jubilación en 2019. Actualmente continúa con investigaciones en literaturas de la Argentina y se desempeña como Directora de la Maestría en Literatura y Política (UADER). Entre sus publicaciones, se destaca el ensayo *Literatura y música. Confluencias en la obra de Daniel Moyano* (2005). ceciliacoronamartinez@hotmail.com

anniversary of her death, by Editorial de Entre Ríos in 1999, and the second, by Eduner, in 2017.

Both texts, undoubtedly marked by the neo-Romanticism of the Argentine generation of the 1940s, show features that go beyond the melancholy typical of that group. Fabani was affected, since her teenage years, by tuberculosis. The illness not only provides the framework to reading and understanding her work, but also has an entity of its own. The woman/writer is defined by the ailment, which she calls “fog.”

In the novel, the person who writes while struggling to survive is less and less Ana Teresa to become only a sick human being, who knows that death is her more or less imminent destination. In the story of her long hospitalization, the “I” who writes and who progressively disappears as an individual becomes a witness and protagonist of the advances of tuberculosis in the body and spirit.

Key words: Fabani; Entre Rios literatura; illness; death; neo-Romanticism

Ana Teresa Fabani (1922-1949) fue una escritora entrerriana que, a pesar de su muy prematura muerte, ocupó un lugar en el horizonte cultural de la Buenos Aires de fines de la década del cuarenta, tal como se evidencia en poemas que le dedicaran importantes escritores del momento.² Su obra se reduce a un libro de poesía –*Nada tiene nombre* (1949)– y una novela póstuma –*Mi hogar de niebla* (1950)–. El primero fue reeditado con el agregado de varios poemas, en el cincuentenario de su muerte, por la Editorial de Entre Ríos en 1999; y la segunda, por Eduner, en 2017.

Ambos textos, más allá de su indudable pertenencia al neorromanticismo de la generación argentina del cuarenta, están recorridos por una impronta que supera la melancolía propia de dicho grupo. Fabani fue afectada, desde su adolescencia, por la tuberculosis. La enfermedad se convierte no solo en el marco que permite leer y comprender su escritura, sino que adquiere una entidad propia. La mujer/ la escritora está atravesada por la dolencia, que en la novela aparece nominada como “niebla” y como “sombra” en algún poema.

² Por ejemplo: “Y estarás ya, frágil niña, de vuelta en estas ramas que te mecen, /serena ya, de aire, sobre nuestra tristeza/ y nuestra inquietud vaga de ser dignos de ti.” (Juan L. Ortiz, “A Teresita Fabani”) (2017:10).

En *Mi hogar de niebla*, quien escribe mientras lucha por sobrevivir es cada vez menos Ana Teresa para convertirse sólo en un ser humano enfermo, que sabe que la muerte es su destino más o menos próximo. Es notable el recorrido que, en el relato de su larga internación, va siguiendo el “yo” que escribe y que progresivamente desaparece como ser individual para transformarse en testigo y protagonista de los avances de la enfermedad en el cuerpo y el espíritu de quien la padece.

Lugar, tiempo y acontecimientos

La novela relata, a partir de la voz de una narradora-protagonista, la experiencia de su vida en un sanatorio para enfermos de tuberculosis, ubicado en la provincia de Córdoba. El título mismo anticipa lo que, morosamente, se desarrolla a lo largo del texto: por un lado, el proceso por el cual un lugar extraño y hostil llega a convertirse en un “hogar”; y por el otro, la palabra “niebla”, que irá cargándose de significado durante la estadía y el relato de dicha etapa de su vida.

La narración se inicia con la llegada y las primeras impresiones del lugar, el cual resulta frío, impersonal, una suerte de no-hogar, comparable con una cárcel (26) o un asilo (58). Se trata de un espacio cerrado, donde las personas son “guardadas” (26), y se las conoce por el número de su habitación, no por el nombre. Casi al final del texto, la partida es percibida como un camino hacia la libertad y la vida (218).

Todo sucede en el sanatorio, que nunca se nombra como tal: la habitación, las galerías, el parque, la capilla, la gruta. Solo el último capítulo transcurre en Buenos Aires. Precisamente por desarrollarse en una institución sanitaria, la característica sobresaliente es que la trama se desenvuelve a través de sucesos que en otro tipo de narración podrían considerarse de escasa relevancia, casi intrascendentes: una conversación, un encuentro breve, una sensación. Son sutiles, fugaces, apenas perceptibles.

La protagonista permanece internada un número indefinido de años, y los sucesos de ese periodo se relatan sin menciones precisas que permitan situarlos en días o meses concretos. Esta indeterminación temporal contribuye a crear el ambiente de irrealidad, o de realidad *sui generis* que caracteriza al texto. El lugar posee un “tempo” propio, con ritmos diferentes de los del afuera: “¡tiempo de soledad que hacía enorme un simple gesto!” (136).

Los acontecimientos que se presentan no solo atañen a la narradora, sino también a sus compañeras de reclusión: las otras enfermas, las monjas que las cuidan, y algunos pocos hombres, entre enfermos, acompañantes y médicos. Lentamente desfilan las historias de las internas: Martita, niña que ingresa con trece años y no logra sobrevivir; Sofía, imposibilitada de levantarse de la cama, con quien conversa a través de la ventana; Ana María y una dolorosa historia de amor y desamor; Elsa y Carlos, una pareja con encuentros y desencuentros; Soledad, que abandona el sanatorio pues aparentemente está sana, pero finalmente muere en Buenos Aires; o Luisa, quien efectivamente se cura, pero no logra reinsentarse en la vida cotidiana y pone fin a su vida: “Molesto, amiga. ¿Entiendes...? A pesar de los esfuerzos que hacen porque no los moleste nunca. No pueden ayudarme.” (212).

El caso de Rosa María resulta interesante, pues su historia permite vislumbrar un temor personal de la protagonista: se trata de una joven que escribe poesía, y le pide a su amiga que, en el momento final, preserve sus poemas. Ella así lo promete, pero la interna muere de noche y la narradora no puede cumplir con su palabra, por lo que la obra es destruida: “Murió dos veces Rosa María. La vez que murió en su lecho y la vez que murió en el fuego.” (200) Probablemente la narradora transparenta así su angustia.

Se mencionan también las “hermanas”, religiosas cuidadoras. Una de ellas, la Hermana María Luisa, se enamora de un enfermo, de quien la alejan cuando él está

agonizando. Finalmente se convierte en enfermera, abandonando el estado religioso. Este suceso, que pudo ser considerado un escándalo, es mirado con afecto y comprensión. No caben, en situaciones límite, reparos morales que sí pueden ser determinantes en la sociedad ajena a la pequeña comunidad de la institución: “Hubiera querido gritar. Y que mi voz llegara hasta el lugar en que ella se encontraba. (...) Yo, a ti, Hermana María Luisa, mujer por Caridad y porque amaste, te comprendo. Y me angustio de tu angustia. Y adhiero a tu cadena de tu dolor el mío. (165)

La vida cotidiana transcurre sin grandes variantes, donde no faltan los recreos para el espíritu, como el goce de la música, originado en las interpretaciones que un violinista prodiga a su esposa, otra residente. Se disfruta de obras de Massenet, Debussy, Schubert, Bach, Chopin (113).

En otra ocasión, un académico de fuste accede a dictar una conferencia sobre literatura, que es aprovechada por las internas. Se valora de estos eventos la posibilidad de olvido de la situación en que se encuentran.

Hablaba sobre los poetas ingleses.

Y su voz, suave, (...) nos condujo desde nuestra región a la suya.

Subrepticamente. (178)

Incluso en un lugar tan reducido, la protagonista experimenta un sentimiento nuevo: se enamora de su joven médico, y él de ella. Cuando ambos revelan lo que los une, relata:

Estaba aturdida.

Mi corazón latía y su sonar me ensordecía.

Y sus besos.

Y sus palabras.

Y todo lo que pasaba. Allí, en la tarde, lejos del tiempo.(189)

Luego de un tiempo (impreciso, como ya se señalara), ese amor va diluyéndose en su corazón. No se relata la ruptura o la reacción del enamorado. La desolación de la enfermedad es tan intensa y profunda, que nada puede rescatarla y ni siquiera distraerla. Lejos de la idealización romántica; en la novela, el amor llega pero pasa y no salva: “Y este amor, pálido y mudo, se quedó sobre el marco de la ventana como una enredadera amarillenta, seca, que no tiene ni un nido.”(204).

Este episodio, de escasa trascendencia en el relato, se aleja de tantos amores trágicos, sesgados por la tuberculosis, que las diversas artes habían presentado: desde *La dama de las camelias* (1848, Alejandro Dumas) y la ópera correspondiente (*La traviata*, 1853, Giuseppe Verdi), pasando por *María*, de Jorge Isaacs (1867), por nombrar obras populares del siglo XIX; el romanticismo se prodiga en ejemplos similares. De manera totalmente opuesta, en el texto ni siquiera el amor correspondido produce cambios esenciales en la vida de la protagonista.

Casi al final, la narradora decide partir. No se aclara si está curada, solo que el cansancio de la internación la abruma. Sin embargo, su estancia en la ciudad tampoco la hace feliz; percibe que allí también continúa “por la imprecisa soledad brumosa” (227).

Enfermedad y niebla

No solo la novela, escrita en primera persona y de carácter autobiográfico, remite a la enfermedad que Fabani padeció desde adolescente; también la encontramos en los poemas de *Nada tiene nombre*. Como ya señalamos, la tuberculosis está muy presente en numerosas obras de la literatura occidental. No falta tampoco en la literatura argentina; por mencionar solo algunos escritores que la trataron, es destacable en la poesía de Evaristo Carriego (*Misas herejes*, 1908) o la prosa de Roberto Arlt (“Ester Primavera”, 1928), así como en la visión medicalizada de Marcelo Peyret (*Alta Gracia*, 1922).

Ana Teresa Fabani hace de la enfermedad el eje de su breve producción literaria y se aleja del culto romántico de la tuberculosis, que caracterizó la segunda mitad del siglo XIX, como lo señala Susan Sontag, en *La enfermedad y sus metáforas* (1980). *Nada tiene nombre* se publicó cuando la autora vivía; el primer poema anticipa el tono y las características de todo el volumen: “Perdida en esta sombra estoy ahora/.../soy de esta soledad que en mí ha nacido.”(13).

El poemario inscribe a María Teresa Fabani en la denominada “Generación del 40”, conocida como “neorromántica”. Según su principal estudioso, César Fernández Moreno, se trata de una poesía “saturada de pesimismo” (1967:226). Entre sus integrantes, señala a Ana María Chouhy Aguirre como representante de “la poesía del morir” (1967:235)³.

En el libro, la muerte, la soledad, el dolor, son constantes; el poema final asevera: “porque ahora/ adentro ya de mí la muerte llora” (51).

En la novela, editada póstumamente, se afinan las metáforas. Si bien se trata de un texto narrativo, predominan en él las frases muy cortas, parecidas a versos. La brevedad puede asimilarse a la respiración agitada y dificultosa de un enfermo a quien le falta el aire.

“La tuberculosis es una enfermedad del tiempo; acelera la vida, la pone de relieve, la espiritualiza”, asevera Susan Sontag (1980: 23). La reflexión sobre el tiempo se reitera en el poemario: “Todo pasa. La risa, la mirada,/ la última vez, y acaso todo eso/ que se piensa y se sueña...”(17). La percepción del tiempo constituye una suerte de obsesión en el relato, o por lo menos, una constante preocupación: “comenzó el tiempo a atormentarme

³ Angelina Uzín Olleros (2022) señala: “Cabe destacar que Ana Teresa Fabani junto con Ana María Chouhy Aguirre y María Adela Agudo poeta esencial de Santiago del Estero conforman una trilogía dramática en cuanto a desaparición prematura dentro de la poesía del cuarenta, reconocida por su vertiente neorromántica y su herencia elegíaca.”

con su lentitud” (49). La inmovilidad, la quietud, el silencio, son propios del “hogar de niebla” donde transcurren varios años de la vida de la narradora.

El concepto “niebla” adquiere múltiples connotaciones en la novela. Primero, se refiere a las condiciones climáticas del momento de arribo al sanatorio:

La niebla estaba.
El inmenso gris de la niebla.
Dentro de los senderos, de los paisajes, de todos los horizontes. (25)

Sin embargo, pronto va adquiriendo una importancia que supera la simple definición de “nube muy baja, que dificulta la visión según la concentración de las gotas que la forman” (RAE). Desde las primeras metáforas que la describen como “masa de tules” y “algodones flotando” (25), todavía relacionadas con el paisaje de la montaña; el sema “niebla” pasa a designar sentimientos y situaciones complejos y, por lo tanto, de difícil denominación. Se identifica con un velo que impide no solo la visión sino la interacción entre las personas (se interpone entre el “yo” y la amistad, entre el “yo” y el amor); es un vidrio empañado, que todo lo difumina. Y a pesar de todo, presenta una consistencia imposible de negar, tanta que tiene dos costados: “De este lado de la niebla, o del otro lado, el luminoso.”(57). Es una “cortina” que divide el “mundo de allá” con un acá, donde “estábamos nosotros”(61)⁴. En ocasiones, puede designar a la misma enfermedad, puesto que: “Caía algodogada. Parecía que esa misma nube que me envolvía, me sostuviera.” (145). Pero, además de la tuberculosis, también puede referirse a la muerte misma: el camión mortuorio lleva a los que perecen a “la otra niebla”, “desde una muerte hacia otra muerte” (69).

⁴ Guillermo Mondejar, editor y presentador de la edición de 2017, asevera: “La potencia de la niebla como metáfora está menos en lo lúgubre que en su capacidad de definir un límite.” (12).

La muerte y la niebla

Selva Almada (2021) considera que *Mi hogar de niebla* es una “novela autobiográfica gótica”, que “flota (...) en un aire fantasmagórico, por momentos febril y delirante”. La presencia de la muerte se advierte en todo el desarrollo del relato, se la nombra, se la insinúa, se la percibe. Puesto que la tuberculosis era una enfermedad con pocas posibilidades de cura, muchos de los afectados mueren, en el sanatorio o fuera de él.

Si bien el relato se detiene en particular en los detalles de la internación, inevitablemente va avanzando sobre el tema. La protagonista parece desarrollar la imagen rilkeana de la “muerte propia” (“Señor, da a cada uno su muerte propia,/ el morir que de aquella vida brota,/ en donde él tuvo amor, sentido y pena”. Rilke 1976:55). La muerte va haciéndose presente de manera progresiva, desde los primeros momentos en el sanatorio y mientras pasa el tiempo: “Y en verdad me sentía en el molde de una muerte.” (98).

La niebla se identifica con la no-vida –característica de la institución–, que va instalándose en el cuerpo de la narradora: “La bruma había comenzado a penetrar en mí.”(157). Hablamos de “no-vida” porque se describe como un estado intermedio: “Pensé entonces que era porque no había terminado de morirme. Y estaba entre dos mundos.”(157) La niebla y su sinónimo bruma, designan la enfermedad, la muerte, o la condición de enferma terminal. Simbólicamente, la niebla es lo indeterminado, la fusión del aire y el agua, el oscurecimiento que diluye límites (Cirlot 1978: 324). Asimismo, se construye como una suerte de acompañante de la muerte, con la función que tradicionalmente se le atribuyó a la lechuza o la hoz/ la guadaña. Es proteica en el texto de Fabani, pues se liga indisolublemente al lugar de reclusión (hogar de niebla). Entonces alude (simultánea o sucesivamente) a la enfermedad, la soledad, el dolor físico y espiritual, la situación indeterminada de los internados en el centro de recuperación –

situados en un lugar indefinido entre vida y muerte– hasta constituir una anticipación de la muerte, o su misma representación. Muerte que avanza en tanto se prolonga el tiempo de internación:

La muerte, aquella presentida, dentro de la que yo me despertaba en las sombras, ya no estaba sobre mi lecho conteniendo mi cuerpo. Ahora, desde entonces, ya era conocida. Era mi misma imagen, pero en niebla...(159)
... detrás de mí, constante, a mi sombra, a mi partida muerte que miraba cada sueño, cada dicha, cada profecía, con una triste mueca de derrota.(191).
... esa muerte velando sobre nuestras cabeceras, suave y lentamente. (...)Y la niebla entregándome su suave camino... (201).

También sigue a la protagonista hasta cuando se instala en Buenos Aires, a kilómetros del sanatorio:

Y he aquí también a la bruma. (...) Persiguiéndome. (...) La encontraba aquí otra vez. (224).
... volví a sentir aquella lejana sensación de haberme muerto.
De estar muerta ya. (...)
Casi suspendida en un límite. (227)

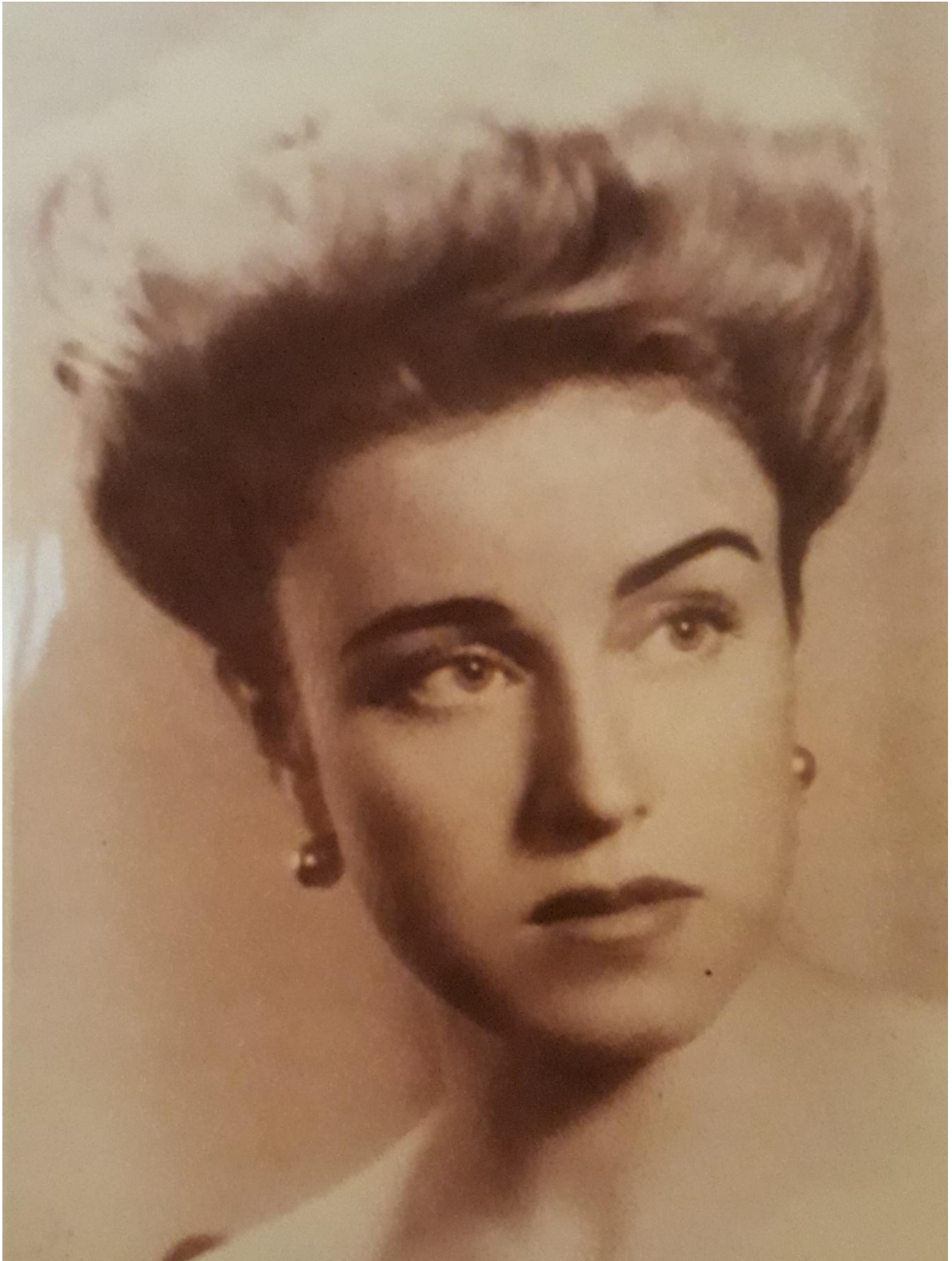
En el cierre del relato, se ratifica la condición ambigua no sólo de la “niebla”, sino de la misma situación de la protagonista: viva pero casi muerta, en una espera del final, en un existir precario, en un borde impreciso.

A modo de conclusión

La narradora se sabe habitante de la “mediana muerte” (127), como es percibida la enfermedad terminal: “Nos vamos muriendo todos los días. Ya lo sé. Hasta llegar a la gran muerte. Que es una pequeña muerte más que colma la suma.” (158). En síntesis, toda

la novela es el relato moroso, casi estancado, del devenir de la tuberculosis en el cuerpo de la enferma: sus estados de ánimo, su visión de las personas y los acontecimientos que la rodean, sus sentimientos; todo adquiere características propias en tanto pasan por el tamiz de la enfermedad. Casi imperceptiblemente, lo que en el “afuera” es importante, se transforma en ajeno y extraño; del mismo modo que lo cotidiano adquiere una relevancia insospechada para quien no está “adentro”. Enferma y enfermedad van identificándose; pues la niebla que primero la circunda, progresivamente va introduciéndose en la narradora, hasta ser una con ella; en un proceso irreversible, hasta el momento en que la protagonista se “deje caer” (227).

Ana Teresa Fabani relata de este modo su devenir hacia la muerte, ocurrida antes de dar a conocer la novela, que no llegó a corregir. Su narración autobiográfica posee no solo la fuerza del testimonio sino también la desolación de quien ha encontrado la “muerte propia”.



Bibliografía:

Almada, Selva (2021). *Niebla*. <https://www.perfil.com/noticias/cultura/niebla.phtml>
Consultado 12-09-2022.

Cirlot, Juan Eduardo (1978). *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Labor.

Fabani, Ana Teresa (1949). *Nada tiene nombre*. Buenos Aires: Botella al mar.
----- (2017). *Mi hogar de niebla*. Paraná: Universidad Nacional de Entre
Ríos, UNER.

Fernández Moreno, César (1967). *La realidad y los papeles. Panorama y muestra de la
poesía argentina*. Madrid: Aguilar.

Rilke, Rainer María (1976). *Antología poética*. Madrid: Espasa Calpe.

Sontag, Susan (1980). *La enfermedad y sus metáforas*. Barcelona: Muchnik Editores.

Uzín Olleros, Angelina. “Ana Teresa Fabani, artesana verbal de fugacidad profunda”
[https://www.eldiario.com.ar/163750-ana-teresa-fabani-artesana-verbal-de-fugacidad-
profunda/](https://www.eldiario.com.ar/163750-ana-teresa-fabani-artesana-verbal-de-fugacidad-profunda/) Consultado 12-09-2022.